



www.loqueleo.com/ec

© 1999, Jordi Sierra i Fabra

© De esta edición:

2018, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-354-4

Impreso en Ecuador por Poder Gráfico

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2008

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Agosto 2016

Décima tercera impresión en Santillana Ecuador: Septiembre 2018

Directora de la colección: Maite Malagón

Editora ejecutiva: Yolanda Caja

Dirección de arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín,

Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.



LAS CHICAS DE **ALAMBRE**

JORDI SIERRA I FABRA

loqueleto



A Marcel, que casi me «obligó» a escribir esta novela.

*La belleza puede ser la gloria
o la ruina de una persona. Depende de quién la lleve,
de cómo la lleve, de cómo la utilice
o a quién se la regale.*



Aquel día me dormí.

Había estado trabajando hasta tarde, terminando un artículo no demasiado brillante sobre la moratoria para la caza de ballenas y el hecho de que noruegos y japoneses se la pasaran por el forro cuando les convenía. Me caen bien las ballenas. Pero el problema es que, cuando algo me afecta, pierdo la visión periodística, dejo de ser objetivo, tomo partido y entonces... acabo escribiendo panegíricos bastante densos. Ideales para los boletines informativos de Greenpeace o de Amnistía Internacional, pero no para una revista.

Aunque la dueña sea tu propia madre.

Por esa misma razón, ese día, al despertar a las diez de la mañana, me quedé sin aliento. No por ser Paula Montornés la propietaria y directora de *Z.I.* tienes más privilegios que los demás o puedes hacer lo que te dé la gana.

Me aseé, duché y vestí en diez minutos. Ni siquiera desayuné. Dejé mi desordenado apartamento a la carrera —es tan pequeño que cualquier cosa fuera de sitio ya

crea sensación de desorden y caos— y llegué a la redacción pasadas las diez y media, porque no quise saltarme ningún semáforo pese a preferir la moto por razones obvias. La primera sonrisa de la mañana me la dirigió Elsa, sentada como siempre al frente de su mesa en forma de media luna, debajo del logotipo de la revista inserto en la pared situada a sus espaldas. Nos llevábamos bien. Bueno, aunque Elsa sea la recepcionista de *Z.I.*, lo cierto es que me llevo bien con todas las recepcionistas y telefonistas que conozco. Son la clave para acceder a sus jefes, para que te digan si están o no están, o a qué restaurante van a ir a comer o cenar. Ellas, y las secretarias. Un buen periodista debe saber eso.

—Buenos días, Jon —me deseó, antes de darme directamente la noticia—: Tu madre quiere verte ya mismo.

Me olí la bronca. Mamá es de las que aterriza en la oficina a las nueve en punto. Como un reloj.

Ella no actúa «fuera», claro. Ya no ha de tomar aviones, ni quedar con gente que vive lejos, ni...

—¿Cuándo ha dado la orden de busca y captura?

—Hace una hora. Y la ha repetido hace veinte minutos.

Eso era mucho. Me la iba a ganar. Despedirme, no podía despedirme, pero casi.

Ni siquiera fui a mi mesa. Tampoco tenía nada para dejar en ella. Mientras caminaba en dirección al Sacrosanto Templo Central de la casa, le dejé el disquete con el artículo a Mariano, el Hombre Para Todo. No tuve que

decirle nada. Ya lo tenía metido en el ordenador antes de que yo diera tres pasos más.

Llamé a la puerta del despacho de mi madre y, tras abrirla, metí la cabeza, sin esperar una respuesta procedente del interior. Ahí sí tengo privilegios. Una vez, al morir mi padre, ella me dijo: «Mi puerta estará siempre abierta para ti, hijo. Recuerda que soy tu madre». Y nunca lo he olvidado.

Estaba de pie, apoyada sobre la pantalla luminosa, examinando unas diapositivas con su buen ojo profesional. Ya sabía que era yo, porque no se movió. Me aproximé a ella. Las diapositivas eran del último premio Nobel de Literatura en su casa.

Desde luego, en *Zonas Interiores* no somos nada convencionales.

—Hola, mamá —suspiré, como si acabase de salir de un atasco de mil demonios—. Siento...

Levantó una mano. Señal inequívoca de: «No-mecuen-tes-ro-llos-que-me-los-sé-to-dos». Me cortó en seco.

De todas formas, me di cuenta de que no estaba enfadada, solo ansiosa.

Y cuando mi madre se pone ansiosa, es por algo de trabajo. Y si me afecta a mí, es que voy a tenerlo, y en serio. Muy en serio.

—¿Te gusta esta?

El Premio Nobel de Literatura estaba sentado en una butaca, con una cara de úlcera sangrante total. Me pregunté por qué no se lo daban a gente más simpática. Y también por qué no estaban ellos más contentos después

del Nobel. Aunque aquel hombre, los millones, ya no iba a poder gastárselos, seguro. Así que a lo mejor estaba con esa cara por ese detalle. Me habría gustado ver la de sus hijos, hijas, nietos, nietas...

—No irá en portada, ¿verdad?

—¿Estás loco?

Nuestra revista es de actualidad, y sería, pero en portada tratamos de poner cosas con gancho.

—Entonces, sí. Está bien.

12 Dejó la diapositiva a un lado, apagó la luz de la pantalla, recogió su bastón, apoyado en la pared de la derecha, y cubrió la breve distancia que la separaba de su mesa, como siempre atiborrada de papeles. Mi madre tiene cincuenta años, exactamente el doble que yo, pero la cojera no guarda relación alguna con la edad. La pierna derecha le quedó casi destrozada en el mismo accidente de coche en el que perdió la vida mi padre.

Esperé a que se sentara en su butaca.

Lo hizo, se apoyó en el respaldo, juntó las yemas de sus dedos y me miró a los ojos.

—¿Recuerdas a Vania?

Así que era eso.

—Claro, ¿cómo no voy a acordarme de ella? Creo que no saqué su póster de mi habitación hasta hace tres o cuatro años.

—Lo recuerdo —asintió con la cabeza sonriendo, evocando el último tiempo en el que, como un buen hijo no emancipado, aún viví con ella.

—No me digas que ha reaparecido.

—No, y de eso se trata —dijo Paula Montornés, recuperando todo su carácter de directora—. Dentro de un par de meses hará diez años que desapareció sin dejar rastro. Diez años ya. Es un buen momento para desenterrar el tema, investigarlo, y publicar un artículo, de ella como *pièce de résistance*, pero también de las otras dos.

Me senté en una de las sillas, al otro lado de la mesa.

—Puede ser caro —tanteé.

—Pagamos cinco millones hace un mes por lo de Alec Blunt, y a una agencia. Esto nos haría vender más, y solo por derechos internacionales, si la cosa resulta... ¿Te imaginas que, encima, dieras con ella? Nos lo quitarían de las manos. *Paris Match*, *The Sun*, *Der Spiegel*, *Times*... Olvídate del dinero.

No siempre decía eso.

—¿Y si han tenido la misma idea?

—Sería posible. Ya sabes que creo en la energía —movió los dedos como si tuviera delante una nube invisible—. Por eso hay que moverse ya mismo y no esperar. Aunque solo sea para escribir un buen artículo, ya valdrá la pena. Los personajes del drama, diez años después. Pero algo me dice que vas a encontrarte con sorpresas.

—Dios. —Yo también me apoyé en mi silla—. Las Wire-girls, las Chicas de Alambre. Vania, Jess y Cyrille. ¿Crees que la gente aún se acuerda de ellas?

—Vamos, ¿qué dices? Fueron una leyenda en su momento.

—Sí, pero una leyenda efímera, como todo en el mundo de la moda.

—Todas las leyendas viven y sobreviven, Jonatan.

Era la única que aún me llamaba Jonatan y no Jon.

—¿Qué quieres que haga exactamente?

—Que hables con la gente que las conoció y que indagues lo que pasó con Vania. Puede que esté muerta, puede que no. Pero diez años después... ¿lo entiendes, no? Se publicó mucho del tema entonces, y algunas personas no quisieron hablar mientras que otras hablaron demasiado. Ahora tal vez sea diferente. El tiempo te da una perspectiva distinta de las cosas.

—Vania era española, pero Jess era americana y Cyrille egipcio-somalí, parisina...

—¿Tienes algo que hacer las próximas dos semanas, un plan, un ligue? —abrió sus manos explícitamente—. Porque si es así, se lo encargo a otro.

—¡No, no! —salté de inmediato—. No te hacía más que una observación.

—Jonatan —se acodó en la mesa, señal de que acababa de firme—. Esto puede ser muy bueno. Ya conoces mi instinto. Con él y un buen trabajo de investigación, de esos que sueles hacer de tarde en tarde —me pinchó deliberadamente—, esto será una bomba. Y te lo repito: no te digo nada si encima la encuentras.

—¿Tú crees que...?

—Oye: Vania se largó, dijo «adiós» y desapareció. Ha de estar en alguna parte.

—Si no la encontraron entonces.

—Entonces fue entonces. Si no quería ser encontrada, nadie iba a encontrarla, como así fue y por inexplicable que resultase. Pero ahora han pasado diez años. En primer lugar, estará relajada, no en tensión esperando que un *paparazzi* dé con ella. Y en segundo lugar, ya no será aquella chica mágica que deslumbró al mundo. Quién sabe. Todo es posible. Pero me huelo algo bueno, hijo. Y cuando yo...

—Sí, mamá, lo sé.

—Tú también lo tienes, Jonatan —me dijo, con algo más que cariño profesional, aunque lo disimuló agregando—: Por eso estás aquí. ¿O pensabas que era por ser hijo de la jefa?

—He tenido algunas exclusivas de primera, ¿no? —le recordé.

Paula Montornés, editora, propietaria y directora de *Zonas Interiores*, se convirtió de nuevo en mi madre.

—Has salido a tu padre —reconoció con ternura.

Era el momento. Me puse en pie, rodeé la mesa y la abracé sin que ella se levantara de su butaca. A veces olvidaba hacerlo. Y ella no me lo pedía jamás, aunque yo sabía que lo necesitaba. Fueron apenas unos segundos de directa intimidad. Después la besé en la cabeza, por entre su siempre alborotada melena, e inicié la retirada.

—No subas nunca a un avión que se vaya a caer, hijo —me recordó.

—Descuida, mamá.

Le eché un último vistazo. Sentada allí era una diosa, la dueña de un pequeño, muy pequeño reino, pero diosa a

fin de cuentas, con un prestigio ganado a pulso. Los premios que llenaban aquellas paredes, algunos de mi padre, pero la mayoría de ella, no eran gratuitos. El World Press Photo, el Pulitzer de Fotografía, reconocimientos profesionales, periodísticos, portadas de las mejores exclusivas dadas por *Z.I.*, Fotografías de papá, pero más aún de mamá con diversas personalidades y en muchas partes distintas del planeta... Antes del accidente era la mejor. Y ahora también.

16

Yo estaba en ello.

Tenía una buena maestra.

Y un trabajo por hacer que ya me picoteaba en los dedos desde aquel mismo instante.

2

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

¿Quién tiene la oportunidad de buscar a la chica que le hizo soñar durante la primera adolescencia, y encima que le paguen por ello?

17

Amo mi trabajo. Creo que es el mejor de cuantos hay. Te permite viajar, conocer gente, escribir acerca de muchas cosas, fotografiar la vida —y a veces la muerte— y, en general, percibir de una forma distinta el mundo, así que también lo entiendes un poco mejor. Para muchas personas, no saber dónde vas a estar mañana es un conflicto, una suerte de caos mental. Para mí, no. Es parte del sabor, parte de la emoción. Claro que no puedes quedar con una chica a tres días vista, pero... Tampoco es tan grave.

El planeta Tierra es excepcional.

Me llevé de la redacción todo lo que encontré de las Wire-girls, las Chicas de Alambre, juntas y por separado. Era mucho, pero no me importó. Pasé la mañana haciendo una primera selección de material, desechando lo conocido o lo tópico, y el resto, a casa. Mientras veía aquellas fotografías de Vania, de Jess Hunt y de Cyrille, por

mi cabeza pasaron muchas cosas. Sí, suelo involucrarme en los trabajos, lo sé. Aún no había empezado y ya me sentía involucrado en este.

18

Miré la portada que las llevó a la fama y a compartir no solo amistad, sino el nombre con el que empezó a conocerse debido a su extrema delgadez. Ahí estaban las tres, en *Sports Illustrated*, con aquellos trajes de baño tan sexis, y ellas tan jóvenes, tan hermosas, tan distintas. Una morena, una rubia y una negra. Integración en los comienzos de la «Era del Mestizaje». Aparecer en la portada de *Sports Illustrated* es consagrarse en el mundo de las *top models*. Aquel año se consagraron tres. Vania, con su largo cabello negro, sus ojos grises, profundos, dulcemente tristes siempre, la nariz recta y afilada, el mentón redondo, los labios carnosos, su imagen de perenne inocencia juvenil que tantos estragos había causado entre sus fans y admiradores. Jess Hunt, rubia como el trigo, cabello aún más largo y rizado con profusión, ojos verdes, siempre sonriente, chispeante, con su enorme boca abierta y sus dientes blancos como una de sus muestras de identidad, mandíbulas firmes, frente y pómulos perfectos. Y Cyrille, negra y de piel brillante como el azabache, cabello corto, ojos de tigresa oscuros y misteriosos, boca pequeña, labios rojos de fresa, rostro cincelado por un Miguel Ángel africano capaz de consumir una obra maestra. Y, por supuesto, lo más característico de las tres: su estatura, metro ochenta, su tipo moldeado por una naturaleza milimétrica... y su extrema delgadez.

Sobre todo, ella.

La delgadez que las llevó primero al éxito, que incluso les dio un nombre, y que, finalmente, las acabó matando.

Las Chicas de Alambre.

Rotas.

Conocía los datos, pero los detalles se me habían hecho borrosos en la mente por el paso de los años; así que en casa estuve hasta pasadas las dos de la madrugada leyendo y rememorando todo aquello. Investigar sobre Vania era hacerlo sobre las tres. Su destino también fue común. Asombrosamente común.

19

Cyrille se llamaba en realidad Narim Wirmeyd. Había nacido en El Cairo, Egipto, pero era hija de somalíes. Su historia era una mezcla de cuento espantoso extraído del reverso de *Las mil y una noches*. Su padre la vendió a un traficante de camellos después de regresar a Somalia, cuando tenía doce años. El traficante, de sesenta, no pudo con los deseos de libertad de su joven pupila, o lo que fuese, así que ella se le escapó a los pocos meses, ya con trece años. La publicidad posterior, cuando llegó el éxito, había «engordado» convenientemente la odisea de la niña, ya de por sí especial y dramática; pero la realidad era mucho más simple. Narim escapó de su «dueño», pasó la frontera, llegó a Etiopía... Allí logró despertar el interés de un hombre de negocios británico, que la empleó en su casa, y al año, un amigo de este, un francés, se la llevó a París. Con quince años y caminando por los Campos Elíseos, Jean Claude Pleyel, cazatalentos y dueño de una de las mejores agencias de Francia, supo ver en ella lo que muy poco después verían millones de ojos en el mundo:

que era especial, capaz de enamorar a la cámara y de vender lo que se pusiera encima, ya fuera ropa o un perfume. Así nació Cyrille, su nombre artístico.

20 Jess Hunt era el reverso de la moneda. Estadounidense, nacida en Toledo, Ohio, familia de clase media, respetable, religiosa en grado superlativo, y convertida en una pequeña reina de la belleza desde la infancia. Su madre le dijo una vez: «Dios te hizo hermosa para algo; de lo contrario te habría hecho como a cualquier otra mujer. Haz, pues, que el Señor se sienta orgulloso de ti». Eso había sido el detonante. Después llegó lo de Miss Ohio, además de otras muchas cosas siempre relacionadas con la belleza. Jess hizo una rápida y meteórica carrera. Fue la que lo tuvo más fácil de las tres. Incluso utilizaba su verdadero nombre.

Y, por último, Vania, es decir, Vanessa Molins Cadafalch, nacida en Barcelona, España, hija natural de una mujer llena de voluntad y decisión que fue siempre el ángel tutelar de su carrera hasta que el éxito le dio alas y la independencia. El padre, casado, por lo menos la reconoció; pero eso fue todo. Más tarde, la madre murió de un cáncer de pecho. Su única familia, al margen del padre que no volvió a ver, era una tía soltera, hermana de su madre, que nunca quiso figurar en los periódicos. Al contrario que Cyrille y que Jess, a Vania no la descubrió ningún cazatalentos paseando por el Paseo de Gracia de Barcelona, ni fue Miss Nada. Por voluntad propia, porque quería ser modelo, se matriculó en una agencia para aprender siendo una niña, y pasó por todos los grados

de la servidumbre antes de dar el salto. Interinamente, sin embargo, quien sí la descubrió fue el fotógrafo que a los trece años le hizo su primera sesión «como mujer» y le vaticinó el futuro. Vania creyó en él además de en sí misma.

Cuatro años después, las tres, con apenas diecisiete o dieciocho años, fueron reclutadas para aquella portada de *Sports Illustrated*. La Agencia Pleyel de París las llevaba. En unos días, el mundo ya las había bautizado con aquel nombre, Wire-girls, debido a su delgadez paradigmática. Su cotización se disparó. Juntas fueron el modelo de miles de chicas, tan anoréxicas como ellas por degeneración. Juntas crearon un estilo por encima de los estilos que ya propugnaban la delgadez física, y juntas sucumbieron en unos pocos años.

Cyrille fue la primera en morir, se suicidó al saber que tenía el sida. Se había escrito mucho acerca del porqué de su decisión, pero parecía obvio que una de las mujeres más bellas del mundo no quería ver su decrepitud física. Lo de Jess fue más complicado. Primero, el escándalo originado al saberse que había abortado. Segundo, su propia muerte, a los escasos meses de la de Cyrille, causada por una sobredosis de drogas. Tercero, el asesinato del hombre que la introdujo en el mundo de las drogas, el mismo Jean Claude Pleyel, que desde París las llevaba a las tres en exclusiva. El autor del crimen había sido Nicky Harvey, el apasionado y loco novio de Jess, vengador implacable de la suerte de su amada. El juicio por el crimen acabó de empañar la historia de la dulce, rubia y virginal

Jess Hunt. Imagen perfecta de la América sana y maravillosa que preconizaban los propios estadounidenses.

Por último, estaba Vania.

Después de andar con un noviete a los dieciséis años, noviete que por supuesto salió a la luz más tarde para sacar tajada del tema, a los diecisiete le había llegado el éxito internacional por aquella portada. A partir de ese instante lo rentabilizó al máximo. A los veinte fue muy sonado su idilio con un famoso cantante roquero español. La Bella y la Bestia. Y a los veintitrés, su boda inesperada con un marchante de arte neoyorquino, seguida de un divorcio rápido; todo ello en plena cumbre profesional. Un año después todo se torció definitivamente. La muerte de Cyrille, la muerte de Jess, el juicio del novio de Jess en el que ella tuvo que testificar, y el adiós.

Tenía veinticinco años.

La misma edad que yo en este momento.

Veinticinco años y dijo adiós, lo dejó todo. La desaparición más inesperada. Su última pista provenía de una clínica en la que Vania intentó recuperarse de su anorexia, casi al límite.

Viendo aquellas fotos, especialmente las de Vania, supe que no iba a ser un trabajo fácil. Era como si a un beatlemaníaco le hubiesen encargado buscar a John Lennon vivo. Vania había sido una musa, una imagen de marca, un espejo, un símbolo; muchas cosas además de una muñeca rota. El mundo de la moda las olvidó rápido, a las tres. Cada año surgían nuevos rostros, nuevas historias, y las pasarelas encumbraban a media docena

de nuevas diosas de la imagen, con sus nuevas estéticas y sus nuevas formas. La palabra clave era esa: *nuevo*. Joven y nuevo. Brillante y nuevo. Velocidad.

Sin embargo, la fascinación que las Chicas de Alambre ejercieron sobre las adolescentes de aquel tiempo creo que aún no había sido superada. Pese a su aspecto enfermizo por culpa de las drogas y la anorexia, las auténticas lacras de ese mundillo tan duro, habían sido amadas, deseadas, utilizadas.

Un modelo a seguir.

Casi parecía un chiste, el peor de los contrasentidos. Un modelo a seguir y su fin había sido tan triste como...

¿Dónde estaría Vania?

¿Por qué, en diez años, aquel silencio devorador?

¿Y si, a fin de cuentas, estaba muerta?

No sabía por dónde empezar, pero no me traumatice por ello. No era la primera vez que debería hacer de detective privado siguiendo una pista, buscando un dato o guiándome por entre vericuetos impensables, con el objeto de dar con lo que necesitaba para un reportaje. Y tampoco sería la última.

Dije lo mismo que Escarlata O'Hara en la escena final de *Lo que el viento se llevó*:

—Mañana será otro día.

Y me acosté con la cabeza llena de Cyrille, de Jess y de Vania.

Sobre todo de Vania.

24 La mayoría de los personajes de la historia vivían fuera, en París, Los Ángeles, San Francisco, Nueva York o Madrid, así que pensé que lo más lógico era comenzar por lo más cercano.

Y nadie más cercano a Vania que su única familia, su tía, la hermana de su difunta madre.

Volví a levantarme tarde, a las diez, pero esta vez no tenía que ir a la redacción, así que podía permitírmelo. Me encanta amanecer a mi aire, sin el maldito despertador dándome el susto habitual. Pude desperezarme, hacer un poco de gimnasia para estar en forma, ducharme, afeitarme y desayunar. Cuando salí ya tenía las primeras direcciones. Nuestros servicios de información y documentación funcionaban bien. Es decir: Carmina funcionaba bien. Era lo mejor de Z.I. Me habría casado con ella de no ser porque los prefería mayores y tenía diez años más que yo.

Esta vez me llevé el coche, por si acaso. Uno nunca sabe a quién puede llevar a alguna parte mientras le son-saca información.

Luisa Cadafalch era una anciana prematura de sesenta y cinco años. Digo *prematura* porque nada más verla supe que siempre había sido así, una mujer solitaria y con un poso de amargura albergado casi como marca de nacimiento en sus genes y en sus raíces. Era alta, seca, de tono adusto y mirada firme, tan grave como su austera ropa, negra de arriba abajo. Yo no la había llamado por teléfono para quedar. Por lo que se decía de ella en los artículos de hacía una década, no me habría recibido ni anunciándole que era la ganadora de un concurso sorpresa de la tele. Así que mi única opción era presentarme en su casa y probar. Mi madre opina que «me hago querer» por las mujeres, que la mayoría «quiere adoptarme» nada más verme, porque les despierto de forma fulminante su «instinto maternal». ¿Y quién soy yo para discutir algo tan peculiar con mamá? Ella sabe más que yo de estas cosas.

Aunque a Luisa Cadafalch no la habría seducido ni Paul Newman, mayor que ella pero aún apetecible según la mayoría.

Me observó con disgusto. Me acababa de colar en el edificio, aprovechando la entrada de una vecina, así que ya estaba en su rellano, superado el posible detalle de que no quisiera abrirme la puerta de la calle si le decía que era de la prensa. Era lista. Supo al momento la causa de que yo estuviese allí. ¿Para qué, si no, iba a querer verla un miembro del «Cuarto Poder»?

—Oiga, lo siento, pero no tengo nada que decir —objetó, sin ocultar su disgusto.